

ELEGIA CEARENSE

poema de Artur Eduardo Benevides

Vertido para o castelhano por Guarino Alves de Oliveira.

1. Largo es el estío.

Largos los caminos para los pies de los hombres.

Largo el silencio en los campos. Larga

la mirada a amar lo que perdió.

Ya no vienen las albas en el pico de las aves

ni se escucha la canción de amor

del *tangerino*.

La muerte nos guía. Exhaustos resistimos.

Y si acaso caímos en el suelo nuestros dedos

empiezan a replantar la rosa de la esperanza.

Ay Ceará

tu nombre está

en nosotros como un signo

de sangre, ensueño y sol!

Tierra de lirios y espadas flameantes,

territorio que Dios ha sacado del diablo,

mujer de los emigrantes, dalia de la canícula,

en nosotros eres

un rocío. Posas. Eres canción.

2. Para cantarte me baño en tu memoria

y escucho la voz enternecida

delante de efigies siempre tristes.

Oh! verte apuñalada — y el sol

robando la fragil adolescencia

y poniendo en tu rostro el dolor

de quien se siente, de subito, perdido.

Los pobres ríos secan

los gajos perden frutos

las aves picotean

el cielo

y huyen las nubes.

Entonces nos tornamos esclavos
de tu sed, pero austeros, al deseo
de que un día seas tan hermosa
igual a las novias que se sacan
en el fin de los inviernos.

Triste es ver los niños muriendo en los brazos
de madres alucinadas que mirándolas a la muerte
aún cantan de amor las canciones antiguas.

Y quedas desesperada viendo los hijos
a lo largo de las carreteras
donde hace poco los trabajadores
cantaban al atardecer.

Cambias la voz, entonces: es una solo voz
es réquiem creciendo a la penumbra del destierro
y ronca como prisioneros en murmullo
diciendo palabras de los días
en que fueron jóvenes y felices.

Para cantarte, Buena Amada telúrica,
sería feliz si en vez de vanas palabras
tuviese en mi boca lluvias y semillas.

Ay, viuda del invierno, flor violentada,
tu sol no brilla: quema. Pero la luna
renace para siempre en los ojos
de los hombres.

Oh! grande mirada de piedra, sed y solsticio:
te diesen un nuevo reino y nunca lo aceptarías!

3. Hermosos son los frutos porque son difíciles.

En todos los sepulcros nacen una rosa.
En cada hijo el amor es como invierno.
Jamás morirás. No seríamos fuertes
si por ti no estuviésemos
en vigilia cruel, oh madre!

Pero si las lluvias te quieren
como locos zarpamos
para la labor de la tierra.
Los campos entonces se maduran
cual vientre de mujer
y las bocas

— tranquilas y felices —
gritan
palabras de amor
que jerguen
primaveras.